

Documento Histórico

Con la publicación de la entrevista que le hiciera el entonces joven pero destacado periodista Ramiro de la Espriella al intelectual y dirigente liberal Darío Echandía queremos abrir una nueva sesión del Boletín Historias. El texto tomado de Sábado constituyente un documento interesante tanto por el tiempo de su publicación como por la significación política e intelectual de Echandía. Los tiempos que corrían correspondían a los de la etapa más cruda del la Guerra Fría en el mundo y al desenfreno la Violencia en Colombia. Echandía en más de una ocasión sorprendió a la opinión pública con sus juicios originales y con las manifestaciones alternativas o progresistas. Por su parte Calibán salió al ataque como solía hacerlo independiente y avanzado.

SÁBADO
Año VII. Bogotá –Colombia.
Sábado 21 de junio de 1952



Por Ramiro de la Espriella

El doctor Darío Echandía, ex-Presidente de la República y eminente ciudadano del liberalismo concedió hace unos días una entrevista al joven escritor Ramiro de la Espriella, que fue publicada en el semanario “Nueva

Hora” y que reproducimos en esta edición.

El Darío Echandía de este sábado en la tarde y la intimidad no es el mismo ser abúlico, aletargado y lento que ha llegado hasta nosotros en los relatos interesados de cierta prensa. Aquí, en el recogimiento del hogar, rodeado de sus libros, de copias de esculturas y cuadros famosos, Darío Echandía discurre victorioso y apasionado sobre los grandes temas de la política internacional, señala hechos y hombres, y destruye con sus razonamientos todo un mundo engañoso de palabras sin contenido. Salta de la poltrona donde se recoge a veces, se pasea a grandes trancos a través de la sala, acciona con el gesto de las manos y la robusta cabeza y trata en ocasiones de someter el rebelde mechón que le viene sobre la frente, agitado y violento. Ha hablado durante dos horas intensas, sin un solo decaimiento, haciendo uso de las expresiones más severas cuando se refiere a ciertos sistemas de imposición material y a los hombres que los conducen y alientan.

Nos ha recibido a Argemiro Martínez Vega y a mí en su severa residencia. Primero ha dicho que no tiene nada que decir, absolutamente nada que decir. Pero Martínez Vega —que lo trata como la confianza de un hijo y lo conoce bien— ha insistido una y otra vez, lo ha provocado, lo ha tentado, hasta que Echandía no ha podido más, y ha comenzado a hablar, libremente, sin contención, como si pronto hubiese abierto las esclusas que encerraban su pensamiento y toda esa agua

que dormía lenta se precipitase velozmente con una fuerza que más parecía física que intelectual. Se habla de la lucha internacional que se viene librando entre los Estados Unidos y Rusia, señalados concretamente en Mr. Truman y el Mariscal Stalin, por el predominio económico del mundo, y de las consecuencias que esta lucha pueda tener sobre la política colombiana y la libertad de nuestro pueblo. Echandía está de pie en el centro de la sala, y ahora comienza a pasearse nerviosamente, pero con seguridad y energía. El tono de sus palabras es ardoroso y firme, mezcla en ocasiones a sus frasea algunos vizcaínos y voces fuertes. 'Es que todavía –se ha preguntado, para dar iniciación a sus razonamientos- hay quienes puedan creer que Colombia es un país libre? No seamos tontos, si somos un verdadero país colonial. Ah! Porque no nos nombran los gobernadores, los alcaldes y los policías! Pero es que eso no ha sucedido jamás con ninguna colonia.

“Ni siquiera aconteció en tiempos de la dominación romana. En épocas pasadas Núñez y Mosquera –por ejemplo- pudieron jugar a la libertad y a la guerra civil y a que definían el destino de nuestro pueblo, porque entonces ninguna gran potencia tenía interés inmediato en nosotros, ya que se abrían las posibilidades inmensas de África y Asia para invertir allí todo el capital sobrante de las metrópolis. Pero hoy no, Hoy nos necesitan como campo de inversiones coloniales, y esa necesidad económica trae consecuentemente una sumisión política que hace ilusoria nuestra libertad. Hay una época de saturación económica en que el capital metropolitano

deja de ser todo lo productivo que la burguesía desea y necesita, entonces se recurre a las llamadas “inversiones coloniales”, se buscan países con mano de obra barata y materias primas baratas que permitan un aumento en el margen de utilidades y la elevación del “standard” de vida del propio país capitalista. Así, los cincuenta centavos de dólar que se pagan al obrero colombiano en empresas de capital extranjero, en Bolivia, o en Chile, o en Cuba, son en definitiva los que van a ayudar los salarios de cinco y diez dólares para los obreros norteamericanos. Entonces se puede pensar en la libertad política y en el respecto a nuestra soberanía, cuando existen tantos intereses de carácter económico en juego? En América no hay más que gobiernos telefónicos, cuyas órdenes vienen del otro lado del mar...”

Martínez Vega se ha mostrado sorprendido, como si todo eso que oyese de labios de su maestro y amigo fuese nuevo para él, hombre de izquierda y financiero, y conocedor experimentado de la vasta economía internacional. Ha preguntado con una incredulidad curiosa si todas esas afirmaciones –de ser ciertas, y el parece saber que son ciertas- no hacen inútil y vacía la lucha ideológica de los partidos políticos colombianos. Echandía lo ha mirado sonreído y como sorprendido a su vez. De nuevo ha iniciado sus razonamientos haciéndose una pregunta: “Ustedes sí creen – nos dice- que nuestros partidos tradicionales debaten ideas? Entre nosotros no existe cosa distinta a un problema de hambre y burocracia, afirma. De hambre en grande entre los poderosos y de hambre de puestos públicos entre los pequeños.

De contratos y misiones internacionales, y de alcaldías y colectores de rentas. Pero qué más es la lucha por el predominio universal, sino un problema de mercados, es decir: de estómagos? No se engañen creyendo que se trata de la defensa de la libertad, porque la libertad pereció hace mucho tiempo a pesar nuestro. Acontece que las grandes potencias necesitan acomodar el ritmo de su crecimiento industrial al de sus problemas internos, y deben buscar nuevas salidas y fuentes de ingresos a sus capitales inactivos, en una palabra: conquistar nuevos mercados. De allí arrancan la exportación de capitales y la lucha por las colonias, que como se ve claramente no es más que una guerra de estómagos. En el plano de la vida política colombiana acontece sencillamente lo mismo.

Unos tienen los puestos públicos y los otros los desean, el control de las importaciones, el secreto de los impuestos y la llave de los contratos. Como se trata de estómagos, de la propia subsistencia, de la vida, el que tiene todo eso en las manos lo defiende con un sentido de propiedad privada, y los de abajo gritan y conspiran por alcanzarlo. Desde luego los colombianos no nos hemos enterado todavía –porque hasta nosotros todo llega retrasado– de que esta guerra que se anuncia, y la otra que acaba de pasar –presagio de una gran revolución de carácter social, de una lucha entre ricos y pobres, entre hambreados y satisfechos– nos va a encontrar empeñados en el minúsculo ajeteo de obtener un puesto público o la opción para un contrato oficial”

Ante este panorama, tan objetivamente desolador, lleno de sombras y próximo a la inminente tragedia, trata uno de hallar todavía un camino propio para salvar el porvenir y la integridad de nuestro pueblo, y es imposible vencer la tentación de preguntarse si no hay una salida aprovechable, algo que ayude a asegurar junto con nuestro porvenir las razones que dieron vida a nuestra historia. Darío Echandía no lo cree así. “Todo esto –dice– seguirá siendo de igual modo aún contra nuestra voluntad.

Pasarán muchos milenios antes de que la cabeza del mundo venga a nosotros. Sin no somos libres no es porque no los deseamos, sino simplemente por las circunstancias históricas que nos toca vivir. No son libres siquiera países más civilizados que nosotros y con una cultura sólida y milenaria como Francia e Inglaterra, y como Italia, donde la intervención de una potencia extraña obtiene una victoria electoral a favor de los partidos católicos en unos comicios dudosos desde el punto de vista de la libertad y la justicia. No es libre Suecia, sujeta al interés estratégico y económico de Rusia. Entonces, que es lo que acontece? Simplemente que la burguesía está dispuesta a defenderse y va a defenderse. Ve próximo su fin, pero no ha de entregarse mansamente, sino después de educar, de agotar sus últimos recursos. Lógicamente no puede permitir que nosotros dispongamos de nuestro destino, porque somos los objetos de su riqueza, toda su riqueza, como no permitirían que lo hicieran Francia o Inglaterra, por las mismas o similares razones. Si ya nos dictan

árbitro de la prosperidad de nuestro país es un técnico importado de allá, cómo vamos a ser tan infantiles que creamos que nos van a dejar disponer libremente de nuestra soberanía? En el sentido de la política colonial, estos países no son naciones sino cosas. Nuestra única opción inmediata es la de cambiar de amo. Sin embargo, hay necios que se imaginan —valga el ejemplo— que el 9 de abril se pudo hacer otra cosa distinta a la que se hizo, cuando lo que acontece es que careciendo de perspectiva para observar y analizar el curso de los acontecimientos. Entre nosotros se hallaba en ese momento el hombre más importante del mundo burgués después de Mr. Truman: el General Marshall, y se reunía, al propio tiempo, la conferencia de naciones sometidas a la influencia de interés capitalista de los Estados Unidos. Qué sucedió entonces?, que el General Marshall, el hombre que estaba llevando el dinero de su país a los pueblos de Europa como medida de contención a la creciente influencia comunista, interpretó como un brote de rebeldía contra su persona y el sistema por ella simbolizados los acontecimientos producidos ese día en Bogotá, y así se apresuró a decirlo, y señaló a supuestos agentes de la ideología rusa como a sus presuntos autores. Al día siguiente la prensa de Europa hablaba del estallido de la Tercera Guerra Mundial en Colombia, en las propias calles de nuestra capital, y aviones de guerra norteamericano aterrizaron en Techo, y sus transportes desembarcaron tanques, “jeeps”, y tropas armadas, para defender la integridad física de su delegación y la de su propio país, que consideraban amenazada. Podía alguien en esas circunstancias —preguntaba entonces

Echandía, sorprendido y razonador— hacer cosa distinta a la que entonces se hizo? Disponíamos de libertad para hacer algo distinto? Lo lógico era pensar en un nuevo Panamá”.

Ya para concluir, Echandía se ha acercado a nosotros y nos ha dicho: “No querían ustedes una entrevista?, ordenen todo eso en forma de entrevista y salgan a ver si la dejan publicar”.

DANZA DE LAS HORAS Diario El Tiempo. Bogotá – Colombia Miércoles 25 de Junio de 1952

Las supuestas o reales declaraciones del doctor Darío Echandía hechas a un joven periodista afiliado al comunismo, ponen sobre el tapete una cuestión, que no por trajinada es menos actual, y que conviene sacar de entre las vaguedades en que se la envuelve, para estudiarle con sinceridad y valor: el imperialismo americano.



Antes de entrar en materia, es oportuno anotar que en estos momentos se ha intensificado desde Moscú la campaña contra el llamado imperialismo yanqui: “Odio a los Estados Unidos”. Es la voz del orden. El embajador de aquel país en

Moscú, Mr. Georges Kennan, se muestra profundamente alarmado por el desarrollo de esa propaganda, que se hace ahora abiertamente. Cree él que este es un signo evidente de los preparativos bélicos de Rusia, que se propone desprestigiar a su más fuerte enemigo y crearle dificultades en el propio continente americano, para atacarlo con mayor ventaja. El presidente Truman también abandonó el optimismo de que hacía gala hace algunas semanas. Ahora comparte los temores de M. Churchill sobre la inminencia de una agresión soviética, expresados hace pocos días. Situados así entre dos imperialismos en conflicto, cabría preguntar hacia cuál debemos inclinarnos, si al del dólar o al brutal de los soviets – tal como lo sufren los satélites de la Europa Oriental – ya que el aislacionismo es imposible.

Pero ¿existe realmente un imperialismo norteamericano? La cuestión, si tomamos al imperialismo tal como ingleses, franceses y rusos lo practican, hay que responderla negativamente.

“No nos nombran gobernadores ni alcaldes, porque eso no ocurre en ningún país colonial. Nos necesitan como campo de inversiones para todo el dinero que les sobra en las metrópolis. Nos compran nuestras materias primas a Bajo precio. Y nos dan órdenes por teléfono”, dizque dijo el eminente profesor.

De una parte, los rusos si nombran alcaldes y presidente, y todos los funcionarios importantes, en las naciones satélites. Y además mantienen en cada una de ellas, campos de concentración y

obreros esclavos que trabajan para Rusia. Los franceses que han realizados prodigiosa obra civilizadora y cultural en Marruecos y Argelia, ejercen también el poder político, y no se mueve en esos países una hoja de árbol sin su voluntad. Inglaterra en sus colonias –haciendo caso omiso de los dominios, que disfrutan de total autonomía- también gobierna a su sabor y explota todos los recursos naturales. Nada de esto ocurre con las naciones del continente americano. Ni con Filipinas, o sea el área que se supone víctima del imperialismo yanqui.

No creo que se pueda citar un solo caso verídico de una orden telefónica de la Casa Blanca en el sentido de ordenar a ningunos de los gobiernos de este hemisferio determinada acción contraria a su independencia y soberanía. Ninguno de los movimientos revolucionarios ocurridos en América, en los últimos años ha sido propiciado por los Estados Unidos. Todo lo contrario. Principiando por el peronismo, cuya enemistad, o mejor cuyo odio a los Estados Unidos, es evidente. La revolución que llevó en Bolivia al poder al M. N. R., es de tipo netamente antiamericano. El triunfo de Velasco Ibarra en Ecuador, es también contrario a la política de los Estados Unidos. En Guatemala funciona desde hace años un régimen intervenido por los comunistas. Y a pesar de que el capital americano tiene allí enormes intereses, nada se ha hecho desde Washington para modificar la situación. En el propio Panamá, no obstante que el Canana es punto vital de la defensa continental, tampoco se puede registrar ninguna intervención directa. La opinión

pública panameña exigió que los Estados Unidos evacuaran las bases militares que en el Istmo tenían y fueron evacuadas. En Puerto Rico hay un grupo político que desea la independencia total. Los Estados Unidos no se oponen a que tal cosa suceda. Pero la mayoría del pueblo sabe que esa independencia sería la ruina total del país, que no puede subsistir sin la asistencia de los Estados Unidos. Y así escogió libremente la situación actual, dentro de la cual conoce una prosperidad nunca allí soñada. Filipinas representa para los Estados Unidos un punto de avanzada fundamental en Oriente. Conquistó el archipiélago después de una guerra victoriosa. Y bien hubiera podido conservarlo, dentro del marco imperialista. Empero, terminada la guerra concedió, como lo había ofrecido, la plena autonomía a las Filipinas. Que son, sin duda, aliados de los Estados Unidos. Mas podrían, si así lo demandara la mayoría de la opinión, adoptar la posición contraria.

Para estas consideraciones no tomo, como dichas por el doctor Echandía, las declaraciones que publicó "La Hora". Las analizo como expresión de un sentimiento, un poco vago y subconsciente en muchos. Pero concreto y con finalidades definidas, en los comunistas.

El imperialismo yanqui en Colombia —y en los demás pueblos de América— consiste, según se le atribuye al doctor Echandía, en la importación de capitales, que buscan empleo aquí, y en la adquisición

aprecios que se considera irrisorios, del café y demás materias primas o artículos de primera necesidad que aquí se producen. Pero, precisamente de lo que nos quejamos en estas tierras, no es del exceso sino del defecto de intervencionismo. A grito herido pedimos, a veces con poca delicadeza, que los Estados Unidos se compadezcan de nuestra pobreza y resuelvan todos nuestros problemas; nos abran caminos; construyan represas que nos hacen falta; nos rediman de las endemias y epidemias que nos abruman, y hagan, en fin, cuanto nosotros no podemos hacer. Si esto es imperialismo, todos los latinoamericanos los son, desafortadamente.

Del imperialismo político, no hay en este continente ninguna constancia seria y evidente. El imperialismo económico no es sino la resultante de nuestra pobreza y de la incapacidad en que nos hallamos, de vencerla por nuestros propios medios. Sería de ver cómo progresaría el partido que resolviera librarnos de ese ignominioso imperialismo y suspender toda transacción comercial con los Estados Unidos que no fuera impuesta por nosotros. O nos pagan el café a dólar la libra, o no lo vendemos, por ejemplo. Y entonces querría decir que esa dignidad nacional y ese celo por nuestra soberanía se miden por centavos de más o de menos. Aun cuando no habría tiempo para estas disquisiciones porque antes habríamos muerto de hambre. Hemos firmado un convenio de asistencia militar con los Estados Unidos. Como lo han hecho todas las naciones interesadas en que Rusia no se adueñe del mundo. ¿Esta

firma implica abdicación de nuestra soberanía? Nadie se atrevería a afirmarlo. Y cualquier gobierno colombiano –liberal, socialista o conservador- no habría vacilado en aceptarlo.

Esto del imperialismo yanqui no es sino el efecto de aviesa propaganda. Deliberadamente aceptada por unos. Tontamente, por otros. Lo que pasa es que el inmenso poderío de los Estados Unidos, sus automóviles, sus empresas de cine, sus maquinarias de todas clases, su descomunal desarrollo industrial, y últimamente sus artistas, músicos y filósofos ejercen, aun sin proponérselo, tremenda influencia, no solo sobre este hemisferio, sino en el resto del mundo. La Coca-Cola ha invadido todos los mercados ¿Imperialismo? No. Sino la bebida que les gusta a las gentes. Y naturalmente en Europa y Asia y en América sobren quienes chillan contra los yanquis y pretenden odiarlos, pero siguen bebiendo Coca-Cola, aplaudiendo las cintas americanas, comprando los automóviles yanquis, aceptando los donativos de Rockefeller y adoptando las costumbres y el modo de vida americanos. Y esto es fatal, ineludible y también benéfico. Es el simple efecto de la ley de gravedad, a la cual no podemos sustraernos, sino cediendo a la tracción de otra poderosa masa humana: Rusia. El tipo de nación absolutamente soberana, dueña total de sus destinos, como parece soñarla el profesor Echandía, no existe. Está mucho más sepultada que el liberalismo manchesteriano. De que abominan también los antiimperialistas. Un poco contradictoriamente.

Tampoco es justo desconocer el profundo idealismo del pueblo de los Estados Unidos. Su intervención en las dos guerras mundiales son tuvo ninguna finalidad interesada. Todo lo contrario. La juventud americana se sacrificó sin que su patria tuviera nada que ganar de la victoria. Después de las dos guerras en que la participación americana fue decisiva, pudieron los Estados Unidos retirarse de la lucha y encerrarse en el aislamiento que les aconsejaron los padres de la nacionalidad. Se vieron constreñidos a convertirse, mal de su grado, en el Buen Samaritano, obligados a alimentar a los pobres, devolverles las fuerzas perdidas y colocarles de nuevo en el camino de la prosperidad. Cerca de cincuenta mil millones de dólares erogados por el contribuyente americano, ha costado la operación Plan Marshall. Sin el cual el continente europeo sería ya colonia soviética o campo de desolación y miseria. Y todo esto sin recibir siquiera la retribución mínima de gratitud que tan grande y generosas ayuda imponía.

Finalmente, no está de más aludir al 9 de abril. También se pone en boca del doctor Echandía la versión de que si el liberalismo no se adueñó entonces del poder, se debió al general Marshall. Es grave inexactitud histórica. El movimiento del 9 de abril no tuvo en ningún momento dirección, ni orientación, ni finalidad distinta a la destruir. Cuando el doctor Echandía y sus compañeros pactaron con el presidente Ospina a la reanudación de la Unión Nacional, como la única fórmula posible,

ya no había otra cosa que hacer. Aún luchaban en Bogotá partidas aisladas. Pero todas las capitales de departamento y las ciudades principales estaban firmemente en manos del gobierno. Habría sido posible, tal vez, desatar una guerra civil demoledora, de resultados muy inciertos. Lo malo, en unos y en otros, fue no haber aprovechado la terrible lección del 9 de abril, para darle nuevos rumbos al país, con una verdadera y sincera Unión Nacional. Adueñarse del poder aprovechando el caos, habría sido la ruina del liberalismo, por las circunstancias adversas e indominables que se le opondrían. La barbarie desatada el 9 de abril habría gravitado en forma abrumadora sobre el régimen. La fuerte opinión liberal que se manifestó horrorizada por los desafueros de aquellos días, no habría respaldado al gobierno revolucionario. Lo que pasa es que vemos los acontecimientos desde el ángulo de los sucesos posteriores, que nos hacen pensar que cualquier cosa habría sido mejor que lo de hoy. Claro está que si los jefes liberales de 1948 hubieran poseído la visión del futuro, y dispuesto de los medios de que no disponían, no habrían vacilado en tomarse el poder, como fuera. Pero no existían entonces los factores presentes.

Y ya que de Rusia he hablado, viene muy a cuento la carta que un colaborador de “The Herald Tribune” le dirige acerca de los campos de concentración de Siberia, en la época actual, comparados con la de los Zares. Actualmente hay en Siberia varios millones de detenidos políticos a quienes se hace trabajar en las condiciones más

oprobiosas. En 1917 no había en Siberia sino 500 exiliados políticos, que recibían trato humano. En sus memorias, la viuda de Lenin cuenta que cuando fue a visitar a su esposo en 1890 a Siberia, lo encontró instalado confortablemente, y le dijo: “Pero cómo estás de gordo!!”. Lenin vivía en una casa que había arrendado, tenía piano, sirviente y una secretaria por medio de la cual mantenía correspondencia con todo el mundo. El profesor Pitirim A. Sokorim, de la Universidad de Harvard, que fue prisionero político en Siberia, dice en unos de sus libros que la deportación a Siberia era más bien una vacación remunerada. Los deportados del régimen soviético, al leer las memorias de Dostowiesky, en las que asevera que durante su permanencia en aquellas regiones, como preso político, tenía un sirviente, que le servía opíparas comidas varias veces al día, se niegan a creer en semejante cosa, comparándola con el horror de que son víctimas hoy –

CALIBÁN